

ELOGIO DE LA IMPERFECCIÓN

de Rita Levi-Montalcini.

Concluida la enseñanza primaria, tocaba elegir la secundaria, de la que dependía la siguiente: universitaria, artística, técnica o docente. La decisión era importante para los chicos; pero no para las chicas, ya que se daba por supuesto que para nosotras no había más carrera que la de ama de casa, buena esposa y madre. Aunque las tres hermanas demostramos grandes aptitudes para el estudio, mi padre decidió que, después de la enseñanza secundaria, cursaríamos el bachillerato femenino, que entonces no daba acceso a la universidad. La diferencia con el bachillerato masculino no era la preparación humanística, sino las matemáticas y las llamadas ciencias exactas, de las que, sin embargo, tampoco en el masculino se impartían más que unas nociones básicas.

La decisión de mi padre se basaba en parte en la experiencia de dos de sus hermanas licenciadas en letras y en matemáticas que habían tenido grandes dificultades para conciliar los estudios con los deberes conyugales.

Digamos de paso que, casi un siglo después, existen las mismas dificultades y que el problema dista mucho de estar resuelto [...]

La que peor lo tenía de las tres hermanas era, ¡ay!, yo. [...] La aversión que sentía por el deporte y la dificultad que tenía para relacionarme con las muchachas de mi edad no hacían sino acentuar mi profunda sensación de aislamiento.

La experiencia del papel subalterno de la mujer en una sociedad enteramente regida por hombres me había convencido de no estar hecha para esposa. No me atraían los recién nacidos ni poseía instinto maternal alguno tan desarrollado en cambio en niñas y adolescentes. [...] Solo yo me sentía en un callejón sin salida y me preguntaba cómo salir de él.

Me proporcionó la respuesta un trágico suceso. Las tres figuras femeninas que desde mi más tierna infancia fueron, cada cual a su modo, como ángeles de la guarda, y a las que yo quería inmensamente, eran mi madre, mi tía Anna y Giovanna. Esta última era dos o tres años más joven que mi madre y servía en casa desde antes de que yo naciera. Era de un pueblo del Piamonte en el que había pasado una niñez de privaciones y sufrimientos. Su padre, un campesino rudo y bruto, sacaba de la cama a las cinco hermanas a las cuatro de la mañana y las ponía a guardar los cuatro animales que tenían para que aprendieran a ganarse el pan. Su madre había muerto poco después de dar a luz a la última hija. En mi casa entró de niñera y muy pronto sintió gran afecto por mi madre y devoción por mi padre, que la trataba con mucha amabilidad y simpatía. A nosotros nos quería como a sus hijos. Recuerdo que nos velaba cuando padecíamos enfermedades o ataques de fiebre.

En aquellos meses de dudas había notado yo, aunque sin darle mayor importancia por tener bastante con mis problemas, que Giovanna estaba muy pálida. En realidad, siempre estaba pálida. Mi padre, en cambio, lo observó con preocupación y le recomendó que consultara con nuestro médico de cabecera. Este le entregó una breve nota en un sobre cerrado con el ruego de entregarla a mi madre. Decía: “Giovanna Bruatto presenta todos los

síntomas de una grave enfermedad. Creo que es cáncer de estómago. Hay que ingresarla en el hospital con urgencia”.

Así lo hicimos al día siguiente y en el hospital conformaron el infausto diagnóstico. Procedieron a operarla enseguida. [...] Nada había que hacer. El cáncer se había extendido a los tejidos adyacentes. De nuevo en casa, adonde volvió sin conocer la gravedad de su estado, se consolaba con nuestro cariño y solicitud en ahorrarle fatigas. La recuerdo sentada en una silla, delgada, contemplando con las manos en el regazo, el cielo gris de aquel otoño.

En aquellos días tomé mi decisión: convencería a mi padre para que me dejara seguir estudiando y haría medicina. Así se lo comuniqué a Giovanna añadiendo ingenuamente que yo la curaría. Después de todo era joven, acababa de cumplir cuarenta y cinco años, y pasaríamos juntas los muchos años de vida que nos quedaban.

- *Masná* – me contestó ella con el término piamontés que significa “niña” y siempre empleaba cuando se dirigía a mí -, cuando tú seas médica yo llevaré mucho tiempo en los Campos Elíseos.

Me sorprendió que dijera Campos Elíseos. ¿Por qué no decía Paraíso, católica como era, en lugar de mencionar aquel lugar misterioso y mítico? [...] Seguro que, en su modestia, no se atrevió a decir que estaría en el Paraíso y aquellos Campos Elíseos de los que quizás nos había oído hablar estudiando mitología debieron de parecerle un término apropiado para mencionar lo que tenía inminente: el más allá. Poco tiempo después pidió a mis padres que la dejaran volver a su pueblo, Rivarrosa, para morir junto a sus hermanas solteras, que aún vivían en la casa natal. Allí la acompañamos. [...] La vi por última vez un gélido día de noviembre.

Fuimos a su pueblo en coche, que conducía Carlo, el chófer de mis tíos. Giovanna sentía por este un amor que reyaba en la adoración. Carlo no era guapo, pero su carácter viril y otras cualidades que ella le suponía la atrajeron, por primera vez en su vida casi monacal, de manera irresistible. Desgraciadamente, Carlo había decidido casarse con Teresa, la cocinera de mis tíos, a la que ella detestaba.

Nos acercamos a su lecho. ¿Era aquella Giovanna? Su rostro, de una palidez mortal, no era sino una calavera de ojos desorbitados. Yo le acaricié la mano que tantas veces me había acariciado y confortado a mí y la llamé, pero no dio muestras de sentir mi contacto. Carlo, al lado, dijo en voz baja y en piamontés:

- *Couragi, Giovanina, andrà mej.* - (“*Ánimo, Giovanna, pronto estarás bien.*”)

Su rostro no se demudó, pero en el rabillo del ojo se formó una lágrima, señal de que había oído la voz del amado. A los pocos días falleció.

Participé a mi madre mi vivo deseo de estudiar medicina. Ella me animó a consultarlo con mi padre. Y creo que, cuando ese mismo día le pregunté tímidamente si podía hablar con él después de cenar, ya mi madre lo había puesto al corriente. Me contestó que podía hablarle en ese mismo momento. Empecé, pues, diciéndole que no sentía ninguna vocación de casada ni de madre y que quería seguir estudiando. Él me escuchó mirándome con esa mirada seria y penetrante que tanto temor me infundía y me preguntó si tenía pensado lo que quería estudiar. Le dije lo mucho que me había afectado la muerte de Giovanna y que estaba convencida de que la profesión que más me convenía era la de médica. [...] Objetó que era una carrera larga y difícil, poco apta para mujeres, que había dejado los estudios hacía tres

años y que no me sería fácil retomarlos. Yo le aseguré que no me asustaba. Tomaría clases y me prepararía.

- Si eso es lo que deseas – contestó al fin -, no seré yo quien te lo impida, aunque no acaba de convencerme.

Yo acababa de cumplir veinte años y sabía que tendría que emplearme a fondo, sobre todo en las materias que nunca había estudiado, como el griego, y en aquellas que en el bachillerato femenino se estudiaban menos que en el clásico, como el latín. También mis conocimientos en matemáticas eran rudimentarios. Su aprobación, por tibia que fuera, me llenó de contento y propuse a mi prima Eugenia, que era año y medio menor que yo y que tenía el mismo currículum estudiantil, que me acompañara en la empresa.

Mi prima Eugenia era huérfana de padre desde los nueve años, por lo que dependía de la benévola autoridad de la madre. Tenía dos hermanos mayores, cuyas burlas y tomaduras de pelo soportaba con ánimo filosófico. [...] De niñas habíamos estado muy unidas, pero luego, al acabar la escuela, ella se hizo más amiga de sus primas por parte de padre, que eran más mundanas que yo. El caso es que no me fue difícil convencerla de apuntarse a aquel proyecto que ella misma había abrigado. Para llevarlo a cabo necesitábamos la ayuda de dos profesores, uno de latín y griego y otro de matemáticas. El primero que respondió a nuestra llamada fue un amigo de la familia, el profesor Lobetti-Bodoni, conocido en Turín por su probidad y sus aptitudes docentes; el otro fue el menudo y célebre Guido Ascoli, profesor del instituto científico más prestigioso de la ciudad. En filosofía, literatura e historia podíamos prepararnos por nuestra cuenta.

Me consagré en cuerpo y alma a los estudios, que se habían convertido en mi razón de ser. Eugenia, que era más alegre y viva que yo, aunque se aplicaba seriamente, no renunció a sus compromisos sociales. [...] Empezamos a preparar los exámenes en febrero y nos propusimos presentarnos a la convocatoria de otoño en vez de a la de verano: teníamos, pues, ocho meses. Para terminar el plan de estudio de latín y griego, materias del todo nuevas para nosotras, decidimos pasar el verano en el pueblo de montaña en el que Lobetti-Bodoni veraneaba. Nos levantábamos a las cuatro de la mañana. Eugenia, que dormía conmigo, saltaba de la cama resoplando y, más dormida que despierta, repetía entre suspiros la lección que el profesor nos había enseñado el día anterior.

Nos presentamos a los exámenes en octubre, con los repetidores y otros de por libre, yo preocupadísima, Eugenia alegre y dicharachera como siempre. Recuerdo la primera frase del texto latino que teníamos que traducir: “Quien al sol se expone, moreno, quiera que no, se pone”. La observación me encantó, porque parecía referirse a mi caso: del mismo modo yo, casi sin darme cuenta alcanzaba el objetivo propuesto. En realidad, la analogía no tenía mucho sentido, pero me ayudó a traducir el texto rapidísimamente. [...]

Los demás exámenes también me salieron bien, a excepción del de geografía: no supe decir cómo y por qué se formaba la corriente del Golfo en el Atlántico. Callada, veía a la profesora escribir el comentario: “La examinada no parece saber ni lo que es la corriente del Golfo”.

Esta grave laguna fue mi pesadilla durante días mientras esperaba cada vez más ansiosa el resultado de los exámenes.

Nunca olvidaré la llamada de teléfono con la que Lobetti-Bodoni, que esperaba el veredicto casi tan nervioso como yo, me dijo, con la voz quebrada por la emoción, antes de que se hicieran públicos los resultados:

- ¡Señorita Rirí, aprobada!

Creo que nunca he vuelto a sentir una alegría igual.

Rita Levi-Montalcini (Turín, 1909/Roma, 2012) fue destacada investigadora en el campo de la fisiología y la medicina. Realizó estudios sobre el “factor de crecimiento nervioso” por los que obtuvo el premio Nobel de medicina en 1986. A su vez, se dedicó a su faceta de escritora siempre concienciada por el papel protagonista de la mujer en la sociedad, especialmente en la ciencia. Entre sus obras, Las pioneras, Un as en la manga, destacan sus memorias, Elogio de la imperfección.